

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**120** La Jotapé "Lealtad":  
¿un peronismo sin montoneros  
o la simple expresión del  
miedo a morir?



ESCENA QUE VE  
JUANCITO DOMINGUITO  
EN LOBOS. ROQUE PEREZ



## PERÓN LES PEGA UN RETO TELEVISIVO A LOS DIPUTADOS DE LA JOTAPÉ (CONTINUACIÓN.)

Uno de los puntos que hay que tener en cuenta acerca de esta reunión infausta, desagradable y violenta hasta el exceso, es el tan socorrido de la salud de Perón. El que vea este tape o el que lo haya visto en su momento y lo recuerda, no puede unir la imagen de ese Presidente severo, irascible, sin humor, sólo con socarronería hiriente, a la del viejo que “ya no se daba cuenta de nada”. Ese argumento es similar al del cerco. Trata de salvar la responsabilidad de Perón. Si Perón, al principio, le era inexplicable a la Jotapé porque se comportaba como un derechista empecinado en liquidar a su ala izquierda, esto se debía al maléfico entorno. Caída esta teoría hay que elaborar otra, más permanente. A ésta, la de la mala salud del General, adhieren todos. Que tuvo un ataque al corazón en febrero del '73. Que ya estaba muy deteriorado hacía el final y era, por consiguiente, fácil presa del Brujo y de Isabel. Es otro cerco. El cerco de la enfermedad. Un cerco que se va cerrando sobre la salud del enfermo y sofocándolo cada vez más. Así, el General Perón ya no sería él en su etapa final. Sería él pero fatalmente deteriorado por su mala salud. La que habla es su enfermedad. Su debilidad. Su creciente incapacidad para entender lo que pasa. “El Viejo ya no entendía nada.” “Se quedaba dormido.” “Quería volverse a Madrid.” (Ahí está la carta que le dirige a Jorge Antonio: “Qué bien estábamos en Madrid cuando estábamos mal”.) El que quiera ser peronista —con todo derecho cualquiera puede quererlo y está bien, creo que es mejor que la mayoría de las otras cosas que, en política, alguien puede ser en este país, o, al menos, figura entre las dos o milagrosamente tres que se pueden elegir, algo que no debe llevar a creer que el peronismo es *bueno*, sino que su excelencia, parte de la cual proviene de la densidad de su poderosa historia, se destaca contra un fondo de escasez: es muy poco lo que hay para oponerle y, a menudo, lo poco que hay es también parte del peronismo, una de cuyas facetas radica en lograr que todos se le adhieran, que bailen locamente a su alrededor como los mosquitos con los faroles suburbanos en una noche húmeda, sofocante— deberá ir incorporando un pensamiento, una certeza que tal vez le duela pero expresará su bienvenida madurez política. Cualquiera líder, cualquier icono político puede tener defectos y graves. Para ser peronista no es necesario andar matándose para demostrar que Perón era una magnífica persona. Que fue inocente de todas las cosas desagradables que se produjeron bajo sus gobiernos. Perón *no es* el peronismo. El peronismo es más que Perón. Algunos creen que con demostrar que durante sus primeros gobiernos entraron nazis a patadas demostrarán que Perón era nazi y destruirán al peronismo. Creen lo mismo los peronistas que temen que se demuestre que Perón tuvo —cuanto menos— una alta responsabilidad en la creación de la Triple A. Nada se va a venir abajo por eso. ¿La Resistencia Peronista, la huelga del Lisandro de la Torre, John William Cooke, el Perón del IAPI, el Perón que le dijo a Braden que prefería ser mal considerado en Estados Unidos antes que ser un hijo de puta en la Argentina, Evita, Discépolo, todo eso se va a destruir si Perón dejó entrar nazis porque estaba en desacuerdo con los juicios de Nuremberg? No, y ya que estamos confesemos algo. A esta altura de los tiempos históricos no creo en ningún juicio que termine con los acusados colgando de las sogas del cadalso. Eso es un escándalo. Es incurrir en la muerte para castigar la muerte. Como Eichmann en Israel. ¿Quién puede humanamente defender algo así? Eichmann era un monstruo. Pero, ¿creen los judíos que Walter Benjamin no habría alegado que aun en él debía existir un punto divino? Mucho me habría sorprendido que no lo hiciera. O cada criatura es sagrada porque la vida lo es. O se ahorca a los culpables porque son monstruos como Rosenberg y Eichmann. Pero si existen los monstruos, ¡cuidado! Porque cualquiera puede elegir los suyos. Para los nazis los judíos lo eran. Para Eichmann, ni eso eran. Eran un incómodo material que le traían incesantemente los trenes y que él tenía que eliminar. Estaba más preocupado por los problemas técnicos para hacerlo que por la humanidad de sus víctimas. Asimismo, los aliados, que no dejaron de sacarse tantas fotos y de filmarse al entrar en los campos y mirar con caras de cruzados de la humanidad la barbarie nazi, de la cual ellos estaban por supuesto completamente excluidos, porque eran los buenos, los guerreros de la libertad y la democracia, no arrojaron ni una miserable bomba sobre los trenes que llevaban judíos a Auschwitz porque las bombas no son gratis, porque no podían derrochar una que no pudiera estar al servicio de ganar la guerra y después, recién después, ver qué había pasado en esos campos de los que tanto se hablaba. Tampoco el Vaticano apoyó esa medida. (NOTA: Durante el genocidio argentino, dos o tres obispos, muy preocupados, alarmados casi, consiguieron una entrevista, con Juan Pablo II. Le dijeron que en Argentina la matanza era atroz. Que los derechos humanos eran pisoteados diariamente de los modos más inimaginables. Que las torturas superaban a todo lo practicado por el hombre hasta el momento. Juan Pablo II —el polaco Karol Wojtyła—

escuchó atentamente y luego sólo preguntó: “¿Son comunistas?”. Los obispos le dijeron que sí, que la mayoría lo era. Juan Pablo II dijo: “Guarden silencio entonces. Nada podemos hacer”. No puedo revelar mi fuente. Pero es un secreto a voces en el Vaticano y hasta fuera de él. El consuelo para el católico que necesite tenerlo es que —al menos— hubo tres obispos que se apiadaron de los masacrados en la Argentina. Omitieron decirle a Wojtyła que una enorme cantidad de esos sacrificados eran niños, mujeres, hombres de errática posición política, que era imposible decir que eran comunistas, ni siquiera la mayoría, que se trataba de una limpieza político-ideológica para edificar sobre ella otra sociedad, sometida, luego de esa matanza, por un terror que llevaría para siempre en sus entrañas. Mas la actitud papal les reveló a esos obispos algo que no ignoraban, de aquí la desesperación de su pedido de clemencia: el juego del Vaticano, parte esencial del esquema de poder de Occidente. Durante la Guerra Fría, las luchas abiertas, francas, se daban en los países marginales, ya que los dos gigantes de los bloques en pugna no podían enfrentarse directamente por el terror atómico. Dentro de esa Guerra Fría, el Vaticano estaba alineado con el frente *occidental y cristiano*, que Estados Unidos encabezaba. El comunismo tenía muchas formas y sin duda la principal y más peligrosa era infiltrarse en los países occidentales. De modo que si Estados Unidos había respaldado la gestión de los militares argentinos o no le ponía trabas, no había duda posible: los asesinados de la Argentina eran comunistas, enemigos —lo supieran o no— del orden que Occidente protegía. Sabían que los militares argentinos hablaban de una Tercera Guerra Mundial, y tenían razón. No era otra cosa la Guerra Fría. Y ellos la estaban librando. Nada podía hacer Su Santidad salvo al altísimo costo de enfrentar los intereses del Vaticano con los de los países del occidente anticomunista y católico. No tenían derecho esos obispos a pedirle tanto. El Representante de Dios en la tierra era impotente ante el reinado de la Muerte en ese lejano país del sur. No podía hacer otra cosa sino dejarlo librado a su triste suerte. Hasta Dios, a veces, tiene que desviar la mirada.)

Volvemos a Perón y a los diputados de la Jotapé. El ataque a la Guarnición de Azul es un arma formidable de la que Perón dispone, como toda la derecha. Ahí está la prueba. La violencia sigue. Un diputado de la Jotapé dice que ellos condenaron la acción del ERP en un comunicado, que no están de acuerdo con la violencia. Que no es lo que quieren. Quieren estar dentro del peronismo, pero no al costo de avalar una Reforma al Código Penal de características persecutorias. El sagaz general menciona en seguida lo de Rucci. Como si dijera: “¿No están de acuerdo con la violencia? ¿Y por qué mataron a Rucci? ¿Qué es eso? ¿Política o violencia?”. Además, Perón habrá leído con atención *El Desca* del 11/9/73. Firmenich, al salir de una reunión en Gaspar Campos (en la que Perón los recibe junto a los que él y los caraduras de López Rega y Lastiri llaman “los otros encuadramientos de la Juventud Peronista” para referirse a la Jotaperra, al grupo de choque Comando de Organización, a los *verdes* de la Juventud Sindical, a los *fachos* de la CNU, todos supuestamente conducidos por el ignoto e improvisado Julio Yessi, pariente de López Rega, que ocupa, en el colmo de la ofensa, la burla o el disparate, la representación de la juventud en el Consejo Superior), formula declaraciones durísimas. Acaso el clima de la reunión había sido lo que sólo podía ser: una farsa desagradable. Acaso esa farsa tiró de la lengua del conductor estratégico de los Montoneros que se largó una frase del más impecable acervo maoísta: “El poder político brota de la boca del fusil (o de un fusil, pero la que permaneció, la que llegó incluso a la militancia, que la conocía por su lectura de Mao, fue *la boca del fusil*, JPF). Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento, como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento” (Ver: Baschetti, *Documentos, Volumen III*, pp. 194). ¡Caramba! Esto sí que era hablar claro. Los Montoneros —decía su jefe— no abandonan las armas. La guerra es permanente. No hay nada que no sea la guerra. Sólo hay (siempre *dentro* de la guerra) momentos de enfrentamiento y momentos de tregua. Pero la tregua no es siquiera para el diálogo o para la construcción de una política. Es sólo preparación para el próximo enfrentamiento. Recordemos a Mao. Son frases que nadie desconocía entonces. O, al menos, eran conocidas por todos los que hacían política en serio, con formación teórica. Mao dice: “Todos los comunistas tienen que comprender esta verdad: *El poder nace del fusil*” (*Problemas de la guerra y de la estrategia*, texto del 6 de noviembre de 1938). También: “Somos partidarios de la abolición de la guerra. Pero la guerra sólo se puede abolir mediante la guerra. Para acabar con los fusiles, se debe empuñar el fusil” (Ibíd., noviembre de 1938). Y, por último, su brillante relectura de la famosa máxima de Clausewitz: “Se puede decir entonces que la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre” (*Sobre la guerra prolongada*, mayo de 1938). Con sangre o sin sangre, lo

permanente es la guerra. Cuando la política es guerra (primacía de la política) no hay sangre. Cuando la guerra es política (primacía de la guerra), sí. Que Firmenich lanzara esa frase en la Argentina del 11 de septiembre de 1973, el día del golpe en Chile, el día para condenar la violencia desatada por el pinochetismo, no era precisamente adecuado. Perón conserva esa frase y se las restriega en la jeta a los diputados de la Jotapé que van con hábitos pastoriles, de corderos. Del modo que sea, a todo el que observe esas imágenes difícilmente le agrada la actitud de Perón. ¿Enfermo? ¿Enfermo de qué? De furia, de odio, de desdén. Mírenle la cara cuando dice: “El que no está contento, se va. En este sentido, nosotros no vamos a poner el menor inconveniente. Quien esté en otra posición diferente de la peronista lo que debe hacer es irse (...) Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y usar la camiseta peronista” (Baschetti, ob. cit., p. 400). La *camiseta peronista* era una frase que la derecha decía cientos de veces por día en todos los lugares en que se presentaba. Escucharla en boca de Perón era horrible. Como si hablara Brito Lima y no el tipo que iba a volver en un avión negro porque el pueblo así lo soñaba. ¿Soñaba *esto* también el pueblo? Perón —con más derecho que nadie— diría que sí. Había ciertas palabras axiales que denunciaban la contundente ideología del facho peronista: infiltrados, camiseta, trosco, movimiento peronista, doc-



trina, pureza, Pueblo y Perón. La acción —para la derecha—, el sentido concreto y esencial de su praxis, era: *Tenemos que impedir que los trosco que se ponen la camiseta peronista se infiltran en el movimiento peronista con el evidente propósito de contaminar su pureza y modificar su doctrina, que es la que surgió del pueblo y de Perón*. Lo que resultaba desagradable era escucharla en labios de Perón, que habitualmente se había manejado con más cuidado en sus conferencias en la CGT, cuando trataba de armonizar a apresurados y retardatarios. Y postulaba el *todo en su medida y armoniosamente*. Aquí no. Incluso me atrevería a pedir al lector de estas líneas que se consiga ese fragmento de película, que existe, que no es arduo acceder a ella, y por favor mire bien la cara de Perón cuando dice la frase más inconmensurablemente desagradable y falsa e hipócrita de su discurso amenazante. La que sigue: “*Como político yo veo que se puede conducir muy bien esto. El que no está de acuerdo, se va. Por perder un voto no nos vamos a poner tristes*” (Baschetti, ob. cit., p. 401). Dice estas palabras con su mejor sonrisa sobradora, canchera, de tipo repiola que se las sabe todas. Guña, además, no del todo, pero lo guña, su ojo derecho. Y, para colmo, levanta su dedo también derecho. Lo levanta cuando dice: *Un voto*. Los jóvenes diputados (que eran pibes inteligentes) no lo habrán podido creer. Tampoco los que lo veíamos por televisión. ¿Cómo había dicho? ¿Un voto? Acaso, dentro del bloque, se tratara de un voto. Pero si los diputados se iban (*y Perón los estaba echando*) la cuestión no se reducía a un voto. Y si se iban los diputados se iba la juventud peronista. Porque era eso lo que se estaba jugando: integrarla o no. Era claro que el gran integrador ya no quería integrar. Pero la pregunta —precisamente para el gran integrador— era: si toda la juventud peronista se iba del movimiento, ¿lo que se perdía era un voto? ¿Un voto? ¿Sólo valían un voto los que habían hecho la ardorosa campaña del *Luche y Vuelve*? ¿Los que habían recorrido los barrios, hablado con las familias, dis-



cutido con sus padres, valían un voto? ¿Los que habían sido llevados a prisión, golpeados, torturados, asesinados, un voto? ¿Los que habían recibido su apoyo total, sus frases duras (*a la violencia de arriba se responde con la violencia de abajo la violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia! al amigo todo, al enemigo ni justicia! o esto lo arreglan los jóvenes o no lo arregla nadie*), de pronto valían eso, una mierda, una reverenda mierda, un voto? Los diputados, nada. ¿Qué iban a decir? Sólo es posible imaginar que uno de ellos enloqueciera. Se volviera loco por completo. Perdiera la noción de la realidad. Se pusiera de pie y dijera: “General, si usted me lo permite y si no me lo permite también, me voy a tomar el supremo atrevimiento de tutearlo: Andate a la tuta que te tarío”. Lo reventaban a tiros ahí mismo. Frente a las cámaras de la tele. Como Ruby a Oswald, que le metió un tiro en cámara, sin que un solo policía, ni uno del FBI ni otro de la CIA se molestaran por perturbarlo. Pero ninguno perdió la noción de la realidad, ni se volvió loco. Todo lo contrario: guardaron una compostura que —como dije— llegó a lindar con la humillación. Perón tenía ante sí a unos jóvenes diputados que se veían dispuestos a permanecer en el movimiento y a aceptar su conducción. Se le brindaban. Los rechazó de mala manera. Sin embargo, ellos empezaron diciendo: “Nosotros aplicamos objeciones a uno o dos artículos (de la *Reforma del Código Penal*, JPF) y queremos

HA ARGERICH?

E SUENA  
TA CHICA.



escucharlo a usted, Señor General. Por eso le hemos pedido esta entrevista y lo hemos molestado en la actividad que usted está desarrollando” (Baschetti, ob. cit., p. 397). Observemos el tono: *lo hemos molestado, objeciones a uno o dos artículos, Señor General, queremos escucharlo*. Sin embargo, Perón había montado la parafernalia mediática para darle suntuosidad al reto, a esa gran reconvención que debía ser pública, que todos tenían que ver, nadie ignorar. Era la ira del Padre Eterno. Los diputados no retroceden. No lo enfrentan, pero siguen ofreciendo —dentro de un respeto extremo— sus razones. El Código Penal condena la asociación ilícita. Aquí lo que se va a discutir es algo imposible de explicitar. La derecha peronista condena la asociación ilícita porque le va a servir para agredir hasta las unidades básicas de la Jotapé. Es muy simple: si se enfrenta una fuerza política cuya modalidad principal es la movilización y organización popular, algo que requiere ateneos, lugares de encuentro, o montones de unidades básicas con otra que le importa un cuerno la presencia del pueblo o de las masas en la política y posee el Estado y el Congreso y la bendición del Presidente de la República, es evidente que la segunda va a dictar una ley de dura condena a toda asociación ilícita para luego —arbitrariamente— meter presos hasta los que barren la vereda de las unidades básicas, a las que irá cerrando aceleradamente bajo la excusa de violar la ley del Código Penal. Cuando se pena la asociación ilícita no es difícil después —en un gobierno autoritario— demostrar que cualquiera lo es. Lo dice claramente uno de los diputados: “Pero la asociación ilícita podría venir por el solo hecho de estar agrupado en una asociación que no esté legalmente reconocida. Como puede ser con una agrupación que recién se integra en un sindicato o en una agrupación de base política”. Por supuesto: lo que busca Perón es destruir la organización territorial de la Jotapé. Y también su posible penetración en los sindicatos. Todo lo que intente será ilegal, ilícito. Y lo que ya tiene (ese trabajo de

dimensiones únicas en la historia política argentina, hecho por militantes entusiastas, que hablaban con las familias, que formaban cuadros nuevos) se irá cuestionando paulatinamente hasta lograr la ilegalización de toda la base política territorial de la Tendencia. En 1977, el general Viola dio una conferencia en IDEA (¿así se desarrollan los empresarios en la Argentina?). El tema era: la lucha contra la subversión. ¿Cuál otro podría haber sido? El punto de partida radicó en señalar que la subversión tenía una organización territorial que la sostenía. Y que su destrucción era el paso primero que las fuerzas del orden habían emprendido, exitosamente desde luego. (NOTA: Cuando las *fuerzas del orden* tomaron el gobierno en 1976, ya no existían las organizaciones territoriales, de base. Las anteriores *fuerzas del orden* —empezando por el Código Penal de Perón y la ley de asociación ilícita y continuando por los abiertos ataques exterminadores de los grupos armados que luego confluyeron en la Triple A y el Comando Libertadores de América y por fin en las Tres Armas— se habían encargado de barrerlas de los peores modos posibles: en especial, a sangre y fuego. Como sea, el general Viola no se equivocaba —desde su punto de vista— al señalar que la “subversión” empezaba por su expresión territorial, ya que, en rigor, toda fuerza política seria debe darse esa tarea. No hoy. Cualquier grupo de poder o partido político prefiere comprar un diario o un canal de televisión que hacer trabajo de territorio. Son los tiempos. Si Susana Giménez o Mirtha Legrand dicen “esta gente no me gusta” ni cinco mil militantes barriales compensan el daño.)

Los diputados insisten en señalarle al jefe su adhesión, su deseo de colaborar con él. Ahí los tenía Perón: comiendo de su mano. Por esa punta —tal vez—, ese mismo día —tal vez—, pudo haber iniciado la integración de los cuadros de la Jotapé, alejándolos de la conducción estratégica a la que respondían. Los diputados —cada uno y todos— decían: “Yo quiero ratificar nuestra decisión (...) que es la de permanecer y contribuir en la medida de nuestras posibilidades a la tarea común del peronismo, por una simple razón: porque somos peronistas y no otra cosa”. O también: “Nosotros ratificamos nuestra intención de seguir trabajando contributivamente con usted, para que usted pueda seguir llevando adelante su tarea (...) Señor General: deseamos manifestarle nuestra coincidencia. Usted conoce desde hace años a la juventud peronista y su lealtad hacia usted como líder y conductor.” Y por fin: “Lo que queremos es señalarle y ratificarle, con toda la fuerza que tenemos, que estamos totalmente junto a usted como integrantes del Movimiento Peronista y junto al pueblo. En este sentido, somos disciplinados en nuestro Movimiento. Somos y seremos disciplinados hasta la muerte” (Baschetti, ob. cit., pp. 401/405/407). Al lado de Perón, Lopecito habrá sonreído para su limitada y estrecha interioridad y se habrá dicho: “Así será, muchachos. Hasta la muerte”. Por su parte, el líder se explaya sobre Posadas y la Cuarta Internacional exhibiendo conocimientos difusos y limitados. Pero una clara paranoia propia de curas y milicos: los comunistas se quieren comer el mundo. El ERP y, dentro del ERP, sin mayores sutilezas termina por entremezclar a los Montoneros. Larga entonces frases terribles, de persecuciones y asesinatos: “Porque nosotros, desgraciadamente, tenemos que actuar dentro de la ley, porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley ya lo habríamos terminado en una semana. Fuera de la ley, la ventaja que ellos tienen es, precisamente, ésa: los que tienen que someterse a la ley y ellos que buscan los vericuetos para actuar fuera de la ley. Con todas las implicancias del juego de la ley nosotros estamos con las manos atadas dentro de la ley (...) Queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sea tan fuerte como para impedir esos males (...) Si no contamos con la ley, entonces tendremos también nosotros que salirnos de la ley y sancionar en forma directa como hacen ellos (...) Ahora bien (*citamos de nuevo esta frase estremecedora*, JPF), si nosotros no tenemos en cuenta a la ley, en una semana se termina todo, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato que es lo que hacen ellos (...) Si no tenemos la ley el camino será otro; y les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla, y lo haremos a cualquier precio porque no estamos aquí de monigotes (...) *Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia*. Eso es una cosa que la gente debe tener claro pero lo vamos a hacer; no tenga la menor duda” (Baschetti, ob. cit., pp. 403/404/405). En vez de atender la voz casi suplicante de esos jóvenes diputados que venían a ofrecerle con un respeto cercano a la obscenidad su apoyo, su total consideración, los asimila con el ERP y el asalto a la Guarnición de Azul, los mezcla con ese dislate de la Cuarta Internacional y las visiones poético-escatológicas del pintoresco y patético Posadas y su Cuarta Internacional que pocos tomaron en serio. Los diputados se despiden: “Queremos agradecerle con todo corazón esta entrevista, y estamos muy contentos de estar con usted, de verlo y de escucharlo”. Perón, apurado, desdeñoso, sólo dice: “Muy bien, muchas gracias” (Baschetti, ob. cit., p. 407). Un par de días después (el 24 de marzo) los ocho diputados de la JP renuncian a sus bancas.

*Todo había sido inútil*. Perón se había salido con la suya. Iba liquidando —aceleradamente— a los trotskistas infiltrados. Todavía le quedaban otros focos rebeldes. Córdoba, nada menos. Pero no habría de vacilar. Ya había liquidado malamente a Oscar Bidegain después del golpe del ERP en Azul.

## “VOLVÉ LANUSSE, TE PERDONAMOS, JP”

Desde hacía un mes —más o menos— venía apareciendo por varios lados de la ciudad de Buenos Aires una pintada de la Tendencia.

Decía:

*Volvé Lanusse, te perdonamos. JP*

El Cano habrá sonreído íntimamente. Cuando se negó a rajarse de la Rosada en helicóptero, dijo: “Yo entré por la puerta. Me voy por la puerta”, ahí, aunque algunos se habrán impresionado por su aspecto imponente, se ligó un montón de escupitajos. Se los bancó y no perdió la calma. A los más duros guerrilleros les había preparado una Cámara Federal de Justicia. Sin duda, no todos los abogados que la componían fueran ángeles. Pero ahí, donde Lanusse los había puesto, debían comportarse como hombres de la Justicia del Estado. La Juventud Peronista, a esa institución legal, que iba a funcionar a la luz del día, que no iba a llamar a delincuentes y drogadictos bajo la consigna de “matar zurdos”, la bautizó “el Camarón”. Y peor: “La Cámara del Terror”, un nombre digno de un folletín de Ponson Du Terrail, una novela de Gaston Leroux o un policial de Edgar Wallace. Si Perón moría en 1970/71 y quedaba como un mito, como el Presidente de una era de felicidad, de los años felices, de los años del entrañable Pulqui, la guerrilla le tendría que haber hecho la guerra a Lanusse. El Cano habría detenido, juzgado y condenado a no más de 2000. (Era el momento de mayor masividad de la guerrilla.) Perón les tiró las hordas de la Triple A, siniestra organización clandestina que *heredó su heredero*, el loco asesino de López Rega. Los cadáveres aparecían a montones en las zanjas que llevaban a Ezeiza. ¿Saben cómo se arma una Triple A? No es difícil: se convoca a todos los comisarios expulsados de la policía por excesos, torturas y muertes en las cárceles, a todos los canas expulsados por torturadores de oficio y ladrones, a todos los milicos dados de baja por actos reñidos con las reglas elementales del Ejército, a presos por asesinato, violaciones, y algunas aberraciones todavía peores, a delincuentes de baja estofa, resentidos, pendencieros, bravucones y rápidos para quitar la vida de cualquiera, a drogadictos, a loquitos de toda condición pero amigos de los fierros y ya está. Se les dice que van a matar zurdos, enemigos de la patria, la familia, el hogar y de Dios. En una palabra, comunistas. Que no se detengan ante nada. Si cuando llegan y el infeliz que tienen que matar está con cinco o seis personas más, aunque sean su familia, los matan a todos. Que tienen siempre zona liberada por la policía, que es cómplice. Que son impunes. Que no se los va a juzgar por nada. Que tienen vía libre. Que —como dice Felipe Romeo, gran vocero de la santa causa—: el mejor enemigo es el enemigo muerto. O sea, el mejor comunista es el comunista muerto. “Y si lo matan ustedes, más y mejor muerto estará.” ¿La “Cámara del Terror”? ¿El “Camarón”? Lo que es no conocer el futuro, ni adivinarlo. Pero, ¿quién podría haber adivinado ese futuro, esa pesadilla? ¿Quién se iba imaginar a Perón gruñéndoles a los diputados de la *juventud maravillosa*, que se le ofrecían sin condiciones, que no sólo le decían *General*, sino *Señor General*, “les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla, y lo haremos a cualquier precio porque no estamos aquí de monigotes”?

*Volvé, Lanusse, te perdonamos, JP*, era una consigna —en una primera lectura— irónica. En una segunda, trágica.

## LA JOTAPÉ LEALTAD, ¿FIDELIDAD AL LÍDER O EL ELEMENTAL Y HUMANO CAGAZO A LA POÉTICA DE LAS ZANJAS?

Envar El Kadri volvió del exilio con una expresión de dulzura, de beatitud, de la que había carecido durante los años duros. Se unió a Pino Solanas en la producción de películas y fue alma de los proyectos *El exilio de Gardel* y *Sur*. Se enamoró de Liliana Andreoni que —si mal no recuerdo— tuvo a su cargo la dirección del Teatro *Regio*. En una reunión agradable, con mate, café, medialunas y el Chango Estrella al piano con algún estudio de Chopin, algún fragmento de la Sonata en Si Menor de Liszt, que, no lo dudo, le habré pedido (tengo una grabación que me dio el Negro de la gran sonata de Franz luego de haber leído *La astucia de la razón*, que le había gustado y en la que se menciona mucho esa pieza monumental del espíritu humano, que el Negro, en esa grabación, desplegaba con certera musicalidad y técnica pianística) y una que otra chacarera, se aparece El Kadri con Liliana. Para nuestra sorpresa y nuestras abundantes cargadas se había puesto una remera que decía: *I Love LA*. Con un corazón bien rojo en la E de *Love*. “¿Qué te pusiste, boludo?” “¿Sos un chico yanki ahora?” “Todos cambiamos pero no se trata de exagerar.” El

Negro Estrella se le acerca y le mira la tela de la T-shirt. “¿Qué es esto, Chango? ¿Te convencieron de algo en Los Angeles?” El Kadri sonríe muy satisfecho (tenía una linda sonrisa, la de alguien que dejó atrás, muy lejos, todas las tragedias): “¿No se dan cuenta, compañeros?” dice. “I Love LA es Yo amo a Liliana Andreoni”. Bueno, así volvió y así siguió hasta el final. Enamorado de la vida, de Liliana, del cine, de Pino, de las comidas entre amigos. Pero –recordando los días en que Perón sanciona el Código Penal– dirá: “Esas modificaciones al Código Penal, aprobadas por las Cámaras, demuestran una vez más, si fuera necesario, que Perón no quería ni aceptaba, ningún otro tipo de represión que no fuera dentro de la ley” (Envar El Kadri y Jorge Rulli, *Diálogos en el exilio*, Buenos Aires, Editorial Foro Sur, 1984, p. 21. Citado por Galasso, ob. cit., p. 1276). A fines de enero Perón convoca a una reunión de la JP. De tooooooda la JP como gustaba decir Lastiri, el Rey Bobo de las Corbatas. (NOTA: Casi en las inminencias del golpe del ‘76, la revista *Gente*, con deliberación total y sagacidad habitual, le hace una nota a este hombre que fue presidente de la República Argentina y superministro de Isabel Perón y amante de un par de fulgurantes estrellas del cine nacional, que evito mencionar, pero una de ellas, en cierta penosa oportunidad, vio llegar hacia la mesa en que franeleaba con Lastiri a una furibunda Norma Kennedy que, ignorándola por completo, se dedicó a reputar al señor de las corbatas, reprochándole andar manoseándose con esta oligarca de mierda, puta barata, que se acuesta con cualquier pelotudo que esté cerca del poder. La estrella huyó despavorida y el señor Lastiri invitó a Norma a sentarse y charlarlo “café de por medio”. Norma lo mandó otra vez a la puta que lo parió y se fue. Conclusión: Norma Kennedy, ante los zurdos, era fascista, pero ante los peronistas bobos que desatinaban sábanas con estrellas de acento oligárquico era feroz. La nota de *Gente* salió con gran despliegue. Lastiri y señora se veían recostados en una cama con *dosel de oro* y enamorados de la vida y de la fortuna fácil que ahora poseían. Faltaban no más de dos meses para el golpe. Luego, el ex presidente exhibe su placard y se ufana de su colección de 500 corbatas –eran 500, no discutamos esto, lo sé bien–. Esa nota –casi como el ataque del ERP a Monte Chingolo– propulsó el golpe de Estado y puso al rojo el odio de las clases medias. Que era lo que *Gente* precisamente quería y Lastiri ofreció tan tonta como gustosamente.) De tooooooda la JP significaba que iban a concurrir los grupos que a esa altura venían asesinando a militantes de la Tendencia sin ton ni son, a mansalva y como se les cantara. La Tendencia no va. Es ahí cuando Sergio Puiggrós se aparece en la librería de Miguel y nos dice entristecido: “No vamos”. Había tipos muy inteligentes –y Sergio era brillante– que pensaban insistir en permanecer bajo la conducción de Perón y no bajo la de Firmenich. Esta era la opción que se había planteado desde el asesinato de Rucci. Surge entonces la JP Lealtad. Esa no asistencia de Montoneros a una reunión con Perón le cae mal a mucha gente. Perón siempre exige verticalidad, su conducción no se puede discutir, si convoca hay que responder aunque al lado lo tengas a Satanás.

–Ustedes son unos pelotudos –me dice Alberto Azubel, militante de superficie de Juventud Regionales y cuadro de hierro–. ¿De qué se creen que se van a salvar? En seguida se va a venir la teoría de la *doble infiltración*.

Peor que eso. No había cómo salvarse. Si la JP Regionales no acude a la convocatoria de Perón no es por capricho. Las bandas de ultraderecha bombardeaban unidades básicas, locales sindicales, comedores estudiantiles y asesinaban sin cesar a militantes de izquierda (Ver Galasso, ob. cit., p. 1276). Todos se hacían los boludos. Todos se habían acostumbrado a decir: “Y... es el Brujo”. “Y... el Viejo no puede controlarlos.” “Y... vaya a saber quiénes son.” “Y... deben ser comandos del Ejército.” No, carajo. Eran centralmente la CNU y el CdeO. Y la Juventud Sindical de Lorenzo Miguel. (*El peronismo es comer tallarines con la vieja y matar zurdos todos los días*, así debió ser su frase inmortal.) Y todo

esto ocurría bajo el gobierno de Juan Domingo Perón. ¿O quién gobernaba el país? ¿Que no podía frenarlos? ¡Vamos! Si tenía tanta polenta para gritarles públicamente a los diputados de la Jotapé y humillarlos ente todo el país, ¿no iba a tener energías para frenar a unos activos pero reducidos grupúsculos de asesinos? Se los dejaba actuar. Toda la derecha, la populista y la liberal, aprobaban la acción de los matazurdos.

## LOS VIUDOS DE LA TENDENCIA

La JP Lealtad se abre de los Montos. Se lleva mucha gente, gente de base, gente del gobierno, importantes dirigentes. Se vive un pequeño momento de euforia. Si los montos ven un desgajamiento tan importante acaso aflojen. Tal vez también Perón crea más en la juventud al verificar que una franja importante lo comprende y se le une. No. Hay un nombre genial que se le da a JP Lealtad. No lo volví a encontrar en ningún libro sobre la época. Me agrada ser el que lo rescata. Aunque los militantes sin duda lo recuerdan. Es impecable, perfecto: *Son los viudos de la Tendencia*, se les dice a los *lealtosos*. “Los que se quedan con las Regionales los acusan de ‘peronistas mogólicos’ y de ‘quebrados’ o ‘cagones’” (Jaurétche, *No dejés que te la cuenten*, ed. cit., p. 211). “Peronistas mogólicos” no es original. Ya se les decía así a los de Guardia de Hierro y a los Demetrios. La “Jotaperra” del analfabestia Julio Yessi arroja calificativos menos refinados, más agresivos: les dice “judíos” y “putos”. El verdadero –entre otros– conflicto que va tomando forma entre los de la Lealtad y los de las Regionales es entre *movimientistas* (adhieren a Perón) y *vanguardistas* (adhieren a Firmenich). Era un momento triste de la historia. No había dónde estar. No había cobertura política. Acaso uno pudiera irse con Alende y Sueldo, pero era algo así como salirse de la historia. Y, sin duda, un gesto más cobarde (en cuanto al tema lacerante del miedo a ser muerto) que elegir la JP Lealtad. Si estabas con Alende y Sueldo (que eran izquierdistas declarados, “de verdad”) no te pasaba nada. Si te metías en el Partido Comunista, menos. No, el corazón de la historia, del miedo y del sentido (aunque fuese el sentido de lo que ya no lo tenía) estaba en el peronismo y su tragedia. *Era –por decirlo así– el corazón del ruido*.

(NOTA: Cierta vez, George Gershwin, luego de un partido de tenis, deporte que compartía y que sellaba una amistad aparentemente contradictoria para los manuales de música con Arnold Schoenberg, le dijo: *A veces encuentro música en el corazón del ruido*. A Schoenberg debía pasarle lo mismo. La historia argentina del ‘73/’74 y ‘75 en el corazón del ruido sólo encontraba, otra vez, ruido. No había más que ruido. El de los gritos, las discusiones, los alaridos de dolor y las muertes. La historia estaba llena de ruido. De sonido y de ruido. Y no había un solo idiota para contarla, porque –tal vez– todos lo fueran. Así, la contaban todos. Una historia de idiotas furiosos que se mataban entre ellos y eran incapaces de establecer un sentido. Volveremos sobre esto.)

Durante la escritura de estos amargos episodios le pedí un texto a uno de sus más lúcidos protagonistas, alguien que seguramente logró vivirlos sin abandonar la capacidad de reflexión. Es Horacio González. El texto que tuvo la gentileza de entregarme y tengo el honor de reproducir es el siguiente. Gira –desde luego– en torno de la cuestión de la Jotapé Lealtad.

Escribe Horacio:

*“No éramos combatientes en el sentido más profundo y drástico. Éramos la voz de las calles, un coro que iba de aquí para allá con cánticos y rememoraciones. Cuando aparecieron las fuerzas salvajes, tuvimos la intuición de que las formas armadas de la lucha no podían prosperar, por más que voceamos épicas y martirologios. Comprobamos el peso de lo que se llamaba la correlación de fuerzas. Pero lo que más duele pensar, como herida profunda de nuestras biografías, es que el paso que dábamos dividía repentinamente las vidas políticas, entre los que se exponían a la muerte y los que veíamos que las chances de evitarlo se hacían más amplias con sólo asumir otro trazado en nuestro pensamiento político”.*

Horacio González es el más profundo, el más penetrante de los pensadores argentinos de nues-

tro tiempo. Desde hace un largo tiempo lo es. No sé exactamente qué dimensión fáctica otorgarle a la expresión “nuestro tiempo”. Pero me refiero a la Argentina contemporánea. Hay otros, pero él llega siempre más hondo. Contrariamente a esa frase que dijo de mí Conrado Eggers Lan a mis veintidós o veintitrés años (*Cuidado con José, es más brillante que profundo*), Horacio, sin dejar de ser brillante, suele ser más profundo. Se le reprocha su oscuridad. Cabe recordar aquí que a Heráclito se le decía el Oscuro de Éfeso. (En este exacto pasaje –al leerlo–, Horacio se deja ganar por el rubor y también por una inocultable molestia producida por su auténtica sencillez, su magra arrogancia. Además, me putea: “Para qué mierda le habré dado a éste esas líneas mamarracheadas. Si sabía que las iba a usar para armar todo este batifondo le decía que se las pidiera a otro”.) Pero sí, es oscuro. La prosa de Horacio es difícil. Siempre lo fue. Pero –permítanme un consejo– léanlo. Siempre encontrarán uno o dos o cuatro párrafos (o uno solo, caramba, para qué pedir tanto) tan deslumbrantes, tan reveladores, que valdrán por veinte páginas de cualquier chabón de los tantos que andan sueltos por ahí y se les da por el terriblemente arduo trabajo de la escritura. O no, no de un chabón. De cualquier tipo inteligente también. De cualquier talentoso. Horacio puede decir en una línea lo que otros no habrán de decir nunca. O buscarán decir a través de cien páginas sin conseguirlo. También: escúchenlo. O aprendan a escucharlo. Posiblemente no entiendan un pomo al principio. Pero van a notar que hay en sus palabras una musicalidad inusual. Y, de pronto, lo mismo que en su escritura, una frase les revienta la cabeza. Así nomás: le revienta la cabeza. Y de ahí en más ustedes están perdidos. Porque no van a dejar de leer ni una sola línea de las que escriba. Ni una sola palabra de las que diga. No se preocupen: él lo merece.

Lo conozco desde 1971. Nos presentó Arturo Armada en un bar de la calle Independencia, a dos cuadras de la Facultad de Filosofía. Planeábamos la revista *Envido*, que Arturo dirigiría brillantemente. Horacio no se detuvo nunca. Y sigue. Lo que digo ahora lo digo a propósito. Aunque a él le incomode. Vivimos los tiempos del desprecio. Cualquier moviero de cualquier radio, cualquier cagatintas de cualquier periódico, se siente autorizado a cubrir de insultos a un maestro de generaciones. La gestión de Horacio al frente de la Biblioteca Nacional hará historia. Es admirable que un intelectual, un escritor que tiene tantos proyectos propios para desarrollar, elija entregar su tiempo a las amargas de la condición de funcionario. Sólo un patriota lo hace. Y Horacio –por no insistir con esa palabra tan manoseada: patriota– es un hombre que ama profunda, apasionadamente a este país. Es un amor que consigue renovar con admirable tenacidad. Porque amar a este país, que si no nos mató fue de pura chiripa, es un acto heroico y absurdo, irracional. En él incurre Horacio todos los días y desde hace muchos, pero muchos años. Sólo él podía señalar como “una herida profunda” esa elección por la Jotapé Lealtad. Cuando leí su texto reveló eso para mí, como lo revelará para otros y a muchos les entregará una comprensión honda de la complejidad de esa época. ¿Nos fuimos de la Tendencia por convicción o porque teníamos miedo? Una flaca alta, rubia, llena de pecas, linda y tan brillante e inteligente como suelen serlo estos espléndidos ejemplares de la judeidad, Ana Gutman, tomaba un café conmigo y hablábamos de la Jotapé Lealtad. Estaba enojada con su compañero de filosofía, que venía a ser yo. Ana, en ese entonces, era la compañera de Luis Politti (el actor de *Los traidores* de Raymundo Gleyzer), que se tuvo que rajarse a Madrid –después de unas sesiones horribles de maltrato que le propinaron los milicos– donde murió de tantas causas que nadie sabe de qué. De tristeza, digamos. Ana, decía, estaba cabrera. Al final, consigue resumir lo que piensa y me lo larga sin piedad:

–Mirá, viejo, si uno tiene miedo, se va a su casa. Pero no se va cada vez más a la derecha.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

## PRÓXIMO DOMINGO

**Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (12 de octubre de 1973 - 29 de julio de 1974)**